



FOTO: AP.

THE KILL TEAM

[EL ESCUADRÓN DE LA MUERTE]

CÓMO SOLDADOS NORTEAMERICANOS MATARON EN AFGANISTÁN A CIVILES INOCENTES Y MUTILARON SUS CADÁVERES. Y CÓMO LOS OFICIALES AL MANDO NO LES DETUVIERON. ADEMÁS, LAS FOTOS CON LOS CRÍMENES DE GUERRA QUE EL PENTÁGONO CENSURÓ.

POR *Mark Boal**

* GANADOR DE UN OSCAR EN 2010 POR EL GUIÓN DE 'EN TIERRA HOSTIL'.

A PRINCIPIOS DEL AÑO PASADO, TRAS SEIS DUROS meses en Afganistán, un grupo de soldados norteamericanos de infantería tomó una decisión trascendental: era el momento de matar a un haji [jerga racista para denominar a un musulmán]. Entre los hombres de la compañía Bravo, la idea de matar a un civil afgano había sido tema de conversación en incontables ocasiones, durante las comidas y las charlas nocturnas. Durante semanas, sopesaron los aspectos éticos de cazar “salvajes” y debatieron las probabilidades de que les pillaran. Algunos dudaban, otros estaban entusiasmados desde el principio. Pero poco después del Año Nuevo, en el momento en el que el invierno descendía sobre las áridas llanuras de la provincia de Kandahar, acordaron dejar de hablar del tema y apretar el gatillo.

La compañía Bravo llevaba emplazada en la zona desde el verano, luchando, sin mucho éxito, para acabar con los talibanes y establecer presencia americana en una de las regiones más violentas e ingobernables del país. En la mañana del 15 de enero, el Tercer Pelotón de la compañía dejó la mini-metrópolis de tiendas y tráilers de la base Ramrod en un convoy de blindados Stryker. Los enormes vehículos de ocho ruedas avanzaron por el desierto hasta llegar a La Mohammad Kalay, un aislado pueblo granjero escondido tras campos de amapolas.

Sus habitantes eran sospechosos de apoyar a los talibanes, refugiándolos de los ataques de las tropas de EE UU. Pero cuando los soldados del Tercer Pelotón caminaron por los callejones de La Mohammad Kalay, no vieron combatientes armados ni evidencias de posiciones enemigas. En su lugar, fueron recibidos por un panorama familiar y decepcionante: miserables granjeros viviendo sin electricidad ni agua corriente; hombres con barba y desdentados con andrajosos ropajes tradicionales; niños ávidos de dulces y monedas. Era imposible saber cuáles de los aldeanos, si es que había alguno, eran partidarios de los talibanes. Los insurgentes, por su parte, preferían permanecer escondidos de las tropas, golpeándolos a distancia con bombas caseras.

Mientras los oficiales del pelotón se separaban para hablar con un anciano del pueblo, dos soldados se alejaron de su unidad hasta llegar al límite de la aldea. Allí, en un campo de amapolas, se pusieron a buscar a alguien a quien matar. “El consenso general era que si íbamos a hacer algo tan jodidamente loco, nadie quería testigos cerca”, declaró uno de los hombres a investigadores del ejército.

Las plantas de la amapola estaban bajas en esa época del año. Los dos soldados, el cabo Jeremy Morlock y el soldado Andrew Holmes, vieron a un joven granjero que trabajaba solo entre los puntiagudos brotes de las plantas. A distancia, otros soldados hacían guardia. Pero el granjero era el único afgano a la vista. Era el momento. Así que, sin más, le cogieron para ejecutarlo.

Era un chaval imberbe, de unos 15 años. No mucho más joven que ellos: Morlock tenía 21, Holmes 19. Se llamaba, según supieron después, Gul Mudin, un nombre común en Afganistán. Llevaba una gorrita y una chaqueta verde al estilo occidental. No tenía nada en sus manos que se pudiera interpretar como un arma, ni siquiera una pala. La expresión de su cara era amistosa. “No era una amenaza”, confesaría Morlock después.

Según andaba hacia ellos, Morlock y Holmes le ordenaron en pastún que se detuviera. El chico lo hizo. Se quedó parado.

Los soldados se arrodillaron tras un muro de adobe. Luego Morlock tiró una granada, y cuando explotó, él y Holmes abrieron fuego, disparando al chaval repetidamente a quemarropa con una carabina M4 y una metralleta. Mudin se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo boca abajo. Un charco de sangre cuajó al lado de su cabeza.

El ruido de las armas hizo eco en el tranquilo pueblo. El sonido del fuego inesperado normalmente desencadena una reacción de emergencia en otros

ERA UN CHAVAL IMBERBE, DE UNOS 15 AÑOS. “NO ERA UNA AMENAZA”, RECONOCIO UNO DE LOS SOLDADOS EN LA INVESTIGACIÓN POSTERIOR. SE LO LLEVARON PARA EJECUTARLO

soldados. Pero cuando sonaron los disparos, algunos de ellos no parecieron muy alarmados, incluso cuando la radio empezó a graznar. Era Morlock, agitado, gritando que les habían atacado. En una colina cercana, el especialista Adam Winfield le explicó a su amigo, el soldado Ashton Moore, que probablemente no se trataba de una situación real de combate. Más bien, de un asesinato organizado, dijo, un plan que esos tíos habían tramado para cargarse a un afgano desarmado sin que les pillaran.

Los soldados que fueron llegando al muro se encontraron el cuerpo y las manchas de sangre en el suelo. Morlock y Holmes estaban agazapados tras el muro, aparentemente agitados. Cuando un sargento le preguntó qué había pasado, Morlock dijo que el chaval les iba a atacar con una granada. “Teníamos que dispararle”, dijo.

Era una historia poco creíble: un combatiente talibán solo, armado con sólo una granada, tratando de emboscar a un pelotón a plena luz del día y en una zona que no ofrecía escondite ni cobertura. Incluso el oficial de más alto rango presente, el capitán Patrick Mitchell, pensó que había algo raro en la historia de Morlock. “Pensé que era extraño que alguien saliera de la nada y nos tirara una granada”, dijo posteriormente Mitchell a los investigadores.

Pero Mitchell no ordenó a sus hombres que prestaran ayuda a Mudin, de quien pensó que tal vez podía seguir vivo, y posiblemente representar una amenaza. En su lugar, ordenó al sargento Kris Sprague que se “asegurara” de que el chaval estaba muerto. Sprague levantó su rifle y disparó dos veces.

Mientras los soldados se arremolinaban en torno al cuerpo, un anciano que había estado trabajando en el campo de amapolas se acercó y acusó a Morlock y Holmes de asesinato. Señalando a Morlock, dijo que él, y no el chico, había tirado la granada. Morlock y el resto de soldados le ignoraron.

Para identificar el cuerpo, los soldados buscaron al anciano del pueblo con el que habían hablado los oficiales justo antes. Por una trágica coincidencia, resultó ser el padre del chico asesinado. El momento en el que vio a su hijo sobre un charco de sangre fue después relatado en la inerte prosa de un informe del ejército: “El padre estaba muy disgustado”.

El dolor del padre no interrumpió el excelente ánimo de los soldados. Siguiendo el procedimiento rutinario tras cada muerte en el campo de batalla, cortaron la ropa del chaval y le dejaron desnudo para buscar tatuajes identificativos. Después, escanearon su iris y sus huellas digitales usando un escáner biométrico portátil.

Luego, rompiendo el protocolo, los soldados se hicieron fotos celebrando la muerte. Sosteniendo un cigarrillo ladeado en una mano, Holmes posó para la cámara con el cuerpo ensangrentado y desnudo de Mudin, cogiendo su cabeza por el cabello como si fuera un trofeo de caza. También Morlock consiguió un recuerdo parecido.

Nadie parecía más encantado con el asesinato que el popular sargento Calvin Gibbs, líder de equipo del pelotón. “Era como un día normal en la oficina para él”, recuerda un soldado. Gibbs se puso a “jugar con el chico”, moviendo sus brazos y su boca “como si el chaval estuviera hablando”. Luego, con un par de afiladas tijeras médicas, cortó el meñique del chico y se lo dio a Holmes como trofeo por su primer afgano.



El cabo Jeremy Morlock se regodea ante el cuerpo de Gul Mudin, tras el asesinato del chaval afgano, que estaba desarmado y era pacífico, el 15 de enero de 2010. A Mudin le falta el meñique derecho, que fue seccionado por soldados estadounidenses.

Según sus compañeros, Holmes se habituó a llevar consigo el dedo en una bolsa de plástico. “Quería quedárselo para siempre y dejarlo secar”, comentó uno de sus amigos: “Estaba orgulloso de su dedo”.

TRAS EL ASESINATO, LOS SOLDADOS implicados en la muerte de Mudin no fueron expedientados ni castigados. Envalentonados, los hombres del pelotón se lanzaron a una serie de homicidios que en los siguientes cuatro meses se llevó las vidas de al menos tres civiles inocentes. Cuando los asesinatos se hicieron públicos, el pasado verano, el ejército se movió decididamente para señalar los incidentes como la obra de una unidad descarriada que operaba por su cuenta, sin el conocimiento de sus superiores. Los fiscales castrenses rápidamente acusaron a cinco soldados de baja graduación de homicidio y el Pentágono frenó cualquier información sobre los asesinatos. A los soldados de la compañía Bravo se les prohibió dar entrevistas y los abogados de los acusados dicen que sus clientes se arriesgaban a ser tratados de manera severa, si hablaban con la prensa, incluyendo arrestos incomunicados. Ningún oficial fue acusado.

Pero una lectura de los archivos del ejército y los documentos de la investigación obtenidos por

ROLLING STONE, que incluyen docenas de entrevistas con miembros de la compañía Bravo, indican que la docena de soldados que fueron descritos como un “escuadrón de la muerte” secreto, estaban actuando a la vista del resto de la compañía. Lejos de ser clandestinas, como insinuó el Pentágono, las muertes de civiles eran conocidas en la unidad, en la que “prácticamente todos”, según un soldado que protestó contra ellas, sabían que se trataba de algo ilegal. Los asesinatos organizados eran un tema de conversación habitual, y al menos un soldado de otro batallón dentro de la Brigada Stryker (compuesta por 3.800 hombres) participó en ataques a civiles desarmados.

Desde el principio, la naturaleza dudosa de las muertes estuvo en el radar de los líderes militares. A los pocos días del primer asesinato, según ha podido saber ROLLING STONE, el tío de Mudin fue hasta la base Ramrod con otros 20 aldeanos de La Mohammad Kalay para pedir una investigación. “Se sentaron frente a la puerta principal”, recuerda el teniente coronel David Abrahams, el segundo mando del batallón. Durante una reunión de cuatro horas con el tío de Mudin, Abrahams supo que algunos niños del pueblo vieron cómo a Mudin lo mataban soldados del Tercer Pelotón. El jefe de batallón pidió que se volviera a entrevistar a los soldados,

pero Abrahams no encontró “incongruencias en su historia” y se abandonó el asunto. “Ese tipo de cosas eran algo rutinario para nosotros entonces”, recuerda Abrahams.

Otros oficiales también pudieron haber cuestionado los asesinatos. Ni el comandante del tercer pelotón, el capitán Matthew Quiggle, ni el primer teniente Roman Ligsay han rendido cuentas por las acciones de su unidad, pese a su repetido fracaso en informar sobre unas muertes que tenían razones sobradas para ver como sospechosas. De hecho, ni siquiera el que tuvieran conocimiento de los crímenes ha sido impedimento para avanzar en sus carreras: Ligsay ha sido ascendido a capitán.

Es más, hubiera sido complicado no saber nada sobre los asesinatos, dado que los soldados del tercer pelotón tomaron montones de fotografías sobre sus asesinatos y su estancia en Afganistán. Las fotos que ha obtenido ROLLING STONE retratan una cultura de primera línea de combate entre las tropas de EE UU en la que matar a civiles afganos no es tanto razón de preocupación como causa de celebración. “A la mayoría de la gente no le gustaban los afganos, ya fueran policías nacionales, militares o civiles”, explicó un soldado a los investigadores: “Todos decían que eran salvajes”. Una foto muestra una mano a la que le falta un dedo.



LA RUTINA Y LA CONVIVENCIA.

Cientos de fotos circulaban en memorias USB y portátiles del Tercer Pelotón. Algunas, como ésta, en la que varios soldados hablan con un niño, muestran la rutina en Afganistán.

Otra una cabeza cortada siendo movida con un palo, y otras más muestran partes del cuerpo ensangrentadas, piernas estalladas, torsos mutilados. Varias exhiben a afganos muertos, tumbados en el suelo o en vehículos Stryker, sin armas a la vista.

En muchas de las fotos no está claro si los cuerpos son de civiles o talibanes, y es posible que las muertes sin identificar no hayan implicado actos ilegales por parte de soldados de EE UU. Pero es una violación de las normas del ejército tomar fotos de los muertos, más aún compartirlas con otros. Entre los soldados, la colección se consideraba un recuerdo de guerra. Las espantosas imágenes de cadáveres y atrocidades se pasaban de mano en mano en memorias USB, junto a series televisivas, combates del UFC [Ultimate Fighting Championship], violenta combinación de varias artes marciales] y películas como *Iron Man 2*.

Incluso antes de que estos crímenes de guerra se hicieran públicos, el Pentágono tomó medidas extraordinarias para suprimir las fotos, una operación que alcanzó los niveles más altos de ambos

gobiernos. El general Stanley McChrystal y el presidente Hamid Karzai fueron informados sobre las imágenes en mayo, y el ejército trató de encontrar cada uno de los archivos y de ponerlos fuera de circulación antes de que se armara un escándalo como el de Abu Ghraib. Investigadores en Afganistán confiscaron los ordenadores de más de una docena de soldados, ordenándoles que borrarán todas las imágenes provocativas. La División de Investigación Criminal del ejército mandó agentes por todo EE UU a las casas de los soldados y de sus parientes, reuniendo todas las copias de los archivos que pudieron encontrar. El mensaje estaba claro: lo que pasa en Afganistán se queda en Afganistán.

Ocultando esas fotos, el ejército también quería esconder las pruebas de que los asesinatos de civiles iban más allá de unos pocos hombres en el Tercer Pelotón. En una imagen, dos afganos muertos están atados juntos por sus manos a un lado de la carretera. Un cartel cuelga de sus cuellos. Dice: "Los talibanes están muertos". El Pentágono dice que está indagando, pero que los investi-

gadores no pueden hacer mucho por identificar a los hombres. "Es un misterio", dice un portavoz del Pentágono: "Todo lo que tenemos es a dos afganos muertos esposados alrededor de un hito kilométrico. No sabemos más. Puede que esos dos tipos fueran asesinados por los talibanes".

Pero esas declaraciones sugieren que el Pentágono no está siguiendo toda las pistas. De acuerdo a una fuente de la compañía Bravo, que habló con *ROLLING STONE* a condición de que se respetara su anonimato, los dos hombres desarmados fueron asesinados por soldados de otro pelotón al que aún no se ha implicado en el escándalo.

"Eran granjeros inocentes", dice la fuente: "Su procedimiento estándar después de matar a algún tío era arrastrarlo hasta la cuneta de la carretera".

LOS FISCALES DEL EJÉRCITO INSISTEN que la culpa de los asesinatos está cerca de la base de la cadena de mando de la Brigada Stryker: Calvin Gibbs, un veterano con tres estancias en Irak y Afganistán que sirvió como jefe de equipo en el tercer pelotón. Morlock y cinco soldados más acusados de crímenes menos graves se han declarado culpables a cambio de testificar contra Gibbs, que se enfrenta a cadena perpetua por tres cargos de asesinato premeditado.

El sargento de 26 años ha sido ampliamente retratado como un sociópata de proporciones mansonianas, un asesino enloquecido que siente "puro odio por todos los afganos" y que era detestado y temido por todos a su alrededor. Pero el retrato omite las pruebas que los propios investigadores del ejército reunieron de soldados de la compañía Bravo. "Gibbs es muy querido en el pelotón por sus jefes y subordinados", contó el especialista Adam Kelly, añadiendo que Gibbs era "uno de los mejores suboficiales con el que he tenido el placer de trabajar en mi carrera militar. Creo que gracias a su experiencia pudo regresar más gente viva y sin heridas que si no hubiera estado en el pelotón". Otro soldado describió a Gibbs como "un tío animado, muy divertido, con el que se podía hablar de todo y que te hacía sentir mejor en cualquier situación".

Gibbs, con su 1,93 y 100 kilos, podía intimidar a cualquiera. Creció en una devota familia mormona de Billings, Montana, y dejó el instituto para alistarse en el ejército. Se zambulló en la vida militar acumulando medallas en Irak, donde la línea entre la legítima defensa propia y las muertes de civiles era a menudo borrosa. En 2004, Gibbs y otros soldados presuntamente dispararon sobre una familia iraquí desarmada cerca de Kirkuk, matando a dos adultos y un niño. El incidente, que no fue investigado en su momento, lo está siendo ahora por el ejército.

Antes de unirse a la compañía Bravo en noviembre de 2009, Gibbs trabajó en la seguridad personal de uno de los comandantes de Afganistán, un controvertido coronel llamado Harry Tunnell. Tunnell, que en ese momento era el comandante de la Quinta Brigada Stryker, se burlaba abiertamente de la estrategia de la contrainsurgencia -que enfatiza la necesidad de ganarse el apoyo de los civiles locales- como algo más adecuado para "científicos sociales". "La corrección política dicta que no podemos hablar de las medidas opresivas empleadas durante las campañas de contrainsurgencia", escribió. Tunnell también

animaba a sus hombres a que “atacaran al enemigo despiadadamente”.

Cuando Gibbs dejó el destacamento de Tunnell y llegó al frente, rápidamente se convirtió en una versión extrema del atacante despiadado. Gibbs puso una bandera pirata en su tienda. “Hey, hermano”, le dijo a un amigo: “Vente a ver si encontramos a alguien para matar”. Tiene un tatuaje en su espinilla izquierda con dos rifles cruzados y seis calaveras. Tres de las calaveras, en rojo, representan sus asesinatos en Irak. Las otras, en azul, de Afganistán.

Cuando llegó Gibbs, la moral en la Brigada Stryker había tocado fondo. Sólo cuatro meses antes, la unidad había sido destinada a Afganistán entre aires de optimismo por sus vehículos blindados, un avance tecnológico que supuestamente iba a transportar a la infantería al campo de batalla de manera más rápida y segura. En diciembre, sin embargo, esas esperanzas habían desaparecido. Los talibanes habían echado a los Stryker de las carreteras aumentando el tamaño y la carga explosiva de las IED [artefactos explosivos manufacturados], y la brigada había sufrido bajas terribles; un batallón perdió a más soldados en acción que ningún otro desde el inicio de la guerra. De hecho, Gibbs fue llevado como líder del pelotón después de que el anterior perdiera las piernas en una explosión.

Los soldados estaban aburridos, estupefactos y enfadados. No eran capaces de encontrar a los talibanes, el enemigo. “La verdad es que yo no era capaz de diferenciar a los civiles de los combatientes”, confesaría un soldado. La frustración llegó a tal punto que cuando la unidad encontró el cuerpo de un insurgente muerto por fuego de helicóptero, un soldado sacó un cuchillo de caza y apuñaló el cadáver. Según otro soldado, Gibbs estuvo jugando con unas tijeras cerca de las manos del muerto. “Me pregunto si con esto puedo cortar un dedo”, dijo.

Los mandos del Pentágono, en lugar de tratar los problemas de moral, retrataron a la brigada como un ejemplo del progreso de la guerra. Un alto mando hizo una visita y recordó a los miembros de la Quinta Brigada Stryker que debían ganarse a la población: “Si matamos civiles, vamos a perder”.

Gibbs tenía otras ideas sobre cómo insuflar nueva vida al Tercer Pelotón. Explicó a sus camaradas que no tenían que esperar pasivamente a ser atacados por los IED del enemigo. Podían contraatacar golpeando en pueblos que apoyaran a los talibanes. “Gibbs nos dijo que los afganos eran salvajes y que acabábamos de perder a uno de nuestros líderes con las piernas reventadas”, recordó Morlock. Matar a un afgano -a cualquiera- se convirtió en una manera de vengarse.

Los miembros de la compañía Bravo comenzaron a hablar incesantemente sobre matar a afganos. Una idea, propuesta medio en broma, era tirar caramelos desde un Stryker cuando pasaran por un pueblo y disparar a los niños que corrieran a cogerlos. Según un soldado, también hablaron de otra posibilidad, en la que “tirarían dulces enfrente y detrás del Stryker, y luego atropellarían a los niños con el vehículo”.

“Operábamos en situaciones malísimas y no podíamos hacer nada”, dijo Morlock en una entrevista telefónica desde la cárcel de una base en el estado de Washington. “Supongo que por eso empezamos a hacer las cosas a nuestra manera”.

TRAS MATAR AL NIÑO AFGANO EN LA Mohammad Kalay, los miembros del Tercer Pelotón estaban exultantes. “Chocaban los cinco entre ellos por haber matado a ese tío”, recordó un soldado posteriormente. Unas horas después del tiroteo, durante un chequeo rutinario en la clínica de la base, Holmes y Morlock se jactaron de haber matado a un insurgente frente a Alyssa Reilly, una doctora muy popular entre los hombres de la unidad. Reilly visitó después a los soldados y se sentaron a jugar a las cartas. Cuando les tocó apostar, Morlock y Holmes dijeron que iban con un dedo. Y tiraron el dedo que Gibbs había cortado del cuerpo de Mudin en la mesa. “Pensé que era asqueroso”, dijo Reilly a los investigadores.

Morlock estaba particularmente dispuesto a contar la verdad a sus compañeros, en absoluto preocupado por cómo iban a reaccionar al hecho de que hubieran matado a un afgano desarmado. La misma noche del asesinato, varios miembros de la compañía Bravo se reunieron dentro de un vehículo Stryker para fumar antes de dormir, una actividad normal en la unidad. El hachís se lo proporcionaban los traductores afganos y era parte importante de las vidas diarias de muchos soldados; lo fumaban constantemente, colocándose en los vehículos, sus habitaciones e, incluso, en los váteres portátiles. En el interior del Stryker, rodeado de cables y periscopios, Morlock pasó el porro y contó el asesinato en detalle, explicando cómo había tenido cuidado para no dejar la anilla de la granada en el suelo, pues podría haber sido usada como prueba de que había habido un arma norteamericana implicada en el ataque.

Antes de que al ejército le faltara personal para Afganistán e Irak, Morlock era el tipo de chaval conflictivo que el ejército no hubiera querido. Creció en Alaska, no muy lejos de Sarah Palin; su hermana salía con Bristol, la hija de Palin, y Morlock jugó al hockey con su otro hijo, Track. En esa época estaba metiéndose constantemente en líos: se emborrachaba, se peleaba, conducía sin carnet y huyó de la escena de un accidente de coche. Incluso después de unirse al ejército, Morlock siguió metiéndose en problemas. En 2009, un mes antes de que le destinaran a Afganistán, fue detenido por quemar a su mujer con un cigarrillo. Tras llegar a

“A LA MAYORÍA DE LOS SOLDADOS NO LES GUSTAN LOS AFGANOS, YA SEAN POLICÍAS, MILITARES O CIVILES. SE LES LLAMA SALVAJES”, CONTÓ UN SOLDADO A SU SUPERIOR

Afganistán, tomó todas las drogas que le llegaron a las manos: opio, hachís, Ambien, amitriptilina, flexeril, prometazina, codeína, trazodona...

Morlock fanfarroneaba sobre el asesinato, tanto que llegó a oídos de familiares y amigos. Los soldados mandaban fotos a sus amigos y hablaban del asesinato en sus visitas a casa. El 14 de febrero, tres meses antes de que el ejército comenzara su investigación, el especialista Adam Winfield mandó un mensaje de Facebook a su padre en Florida. Un chico delgado y estudioso, Winfield, de 21 años, estaba cabreado por haber sido castigado por Gibbs: “Hay gente en mi pelotón que sale impunes de asesinatos. Casi todo el mundo sabe que fue algo planeado... No les importa”. Winfield añadió que la víctima era “un tipo inocente, más o menos de mi edad, que estaba trabajando en el campo”.

En chats de Facebook, Winfield siguió informando a su padre: “Adam me dijo que el grupo estaba planeando otro asesinato de un afgano inocente”, contó a los investigadores su padre, Chris Winfield, él mismo un veterano de guerra: “Iban a matarlo y dejar en el lugar un AK-47 para que pareciera culpable”. Alarmado, Chris llamó al centro de mando en la base Lewis-McChord, y le contó al sargento de guardia lo que estaba pasando. Según Winfield, el sargento no le hizo caso, y le dijo que “ese tipo de cosas pasan” y que “se solucionaría cuando Adam volviera a casa”. Nadie hizo nada en la base tras la llamada.

En Afganistán, Winfield se replanteaba haber informado del incidente. Pensaba que los asesinatos estaban mal, pero se había conseguido ganar un lugar en el “círculo de confianza” de Gibbs, que al principio pensó que era demasiado “débil” para ser parte del “escuadrón de la muerte”. Cambiando de opinión, rogó a su padre que dejara de contactar con el ejército, diciendo que temía por su vida. Winfield contó que Gibbs le había advertido de que, si hablaba a alguien del asesinato, se iría a “casa en una bolsa de plástico”. Su padre estuvo de acuerdo en abandonar el tema.

Dada la falta de reacción de sus superiores, los soldados del Tercer Pelotón pensaban ahora que podían matar con impunidad, siempre que plantaran “armas abandonadas” en la escena del crimen para hacer pasar a sus víctimas por combatientes enemigos. La presencia de un arma prácticamente garantizaba que un tiroteo fuera considerado un asesinato legítimo. Un arma abandonada era una carta de “sal de la cárcel”. Y en la caótica zona de guerra eran fáciles de encontrar.

El ejército registra cuidadosamente las armas y municiones que proporciona a los soldados, documentando cada granada que explota y cada cargador que se gasta. Así que Gibbs se dedicó a reunir armas “fuera de los registros”, a través de varios canales. Se hizo amigo de tipos de la Policía Nacional afgana y trató de cambiarles revistas porno por granadas de lanzacohetes; engatusó a otras unidades para que le dieran municiones; fue pidiendo explosivos defectuosos hasta que reunió un variopinto arsenal de viejas granadas de fragmentación, minas arregladas con cinta adhesiva, morteros... Su hallazgo más preciado era un AK-47 en funcionamiento que rescató de los restos de un coche de la Policía Nacional afgana que había explotado cerca de la base. Lo guardó con dos cargadores en una

caja metálica en uno de los Strykers. Un cabo llamado Emmitt Quintal lo descubriría y preguntó qué hacía allí. Luego recordaría que el sargento David Bram "me explicó que básicamente se trataba de cubrirnos el culo por si algo pasaba".

Dos semanas después del asesinato de Gul Mudin, algo pasó.

ERA LA NOCHE DEL 27 DE ENERO Y EL pelotón iba conduciendo por la carretera, cerca de la base. De repente, por medio de una cámara térmica, localizaron calor humano al lado de la carretera, una señal potencialmente peligrosa, puesto que los talibanes suelen operar por la noche, usando la oscuridad para colocar sus explosivos.

La patrulla paró a unos 90 metros del hombre, y unos cuantos soldados y el intérprete salieron de sus vehículos. Pudieron ver al hombre agachado o hecho una bola en el suelo. Según se acercaron, el hombre se levantó y cruzó sus brazos en el pecho. Para los soldados ese movimiento podía ser una indicación de que tenía frío, o de que llevaba un chaleco con una bomba suicida.

Gritándole en pastún, los soldados le iluminaron con intensos focos y le ordenaron que se levantara la camisa. Pero el hombre empezó a dar pasos hacia adelante y atrás, ignorando los avisos. "Actuaba de manera extraña", recuerda un soldado. Durante varios minutos, el hombre se movió de un lado para otro mientras los soldados le tiraban disparos de advertencia.

Luego, ignorando los avisos, comenzó a caminar hacia las tropas. "¡Fuego!", gritó alguien. Gibbs abrió fuego, seguido de al menos otros cinco soldados. En unos pocos segundos gastaron unos 40 cargadores.

El cuerpo del hombre permanecía en el suelo. Resultó estar completamente desarmado. De acuerdo con declaraciones hechas por varios soldados, también parecía ser sordo o mentalmente discapacitado. Sobre su barba, una gran parte de la calavera había desaparecido. El soldado Michael Wagnon se quedó con un trozo de calavera como trofeo.

Era el segundo asesinato de un hombre desarmado en dos semanas, y la segunda vez que habían profanado un cuerpo. Pero en lugar de investigar el tiroteo, los oficiales del pelotón estaban más preocupados por justificarlo. Cuando el teniente Roman Ligsay informó por radio al capitán Matthew Quiggle, el oficial al mando del pelotón, de que la misma unidad había matado a un afgano desarmado, el capitán estaba furioso. "Creía firmemente que habíamos matado ilegítimamente a un civil", recuerda Quintal.

Quiggle ordenó a Ligsay que buscara hasta encontrar un arma. "El teniente Ligsay estaba histérico", recuerda Quintal. "Estaba seguro de que iba a perder su trabajo". Buscaron armas durante una hora con linternas, pero no encontraron nada.

Luego el sargento Bram ordenó a Quintal que le diera el cargador de AK-47 que Gibbs había guardado en una caja en el Stryker. Un soldado llamado Justin Stoner lo sacó. Unos minutos después, una voz se oyó en la oscuridad. "¡Señor!", gritó Bram: "Hemos encontrado algo".

El teniente Ligsay vio el cargador en el suelo. Lo recogió y el pelotón suspiró con alivio. Ya era una muerte legítima.

"Todo fue preparado para que pareciera que tenía un arma", dijo Stoner a los investigadores. "Básicamente, buscamos desesperadamente justificar el asesinato de un viejo sordo y retrasado. Básicamente, ejecutamos a ese hombre".

Bajo las reglas de combate, de todas maneras, el ejército de EE UU aún considera que el hombre fue responsable de su muerte. Porque ignoró las advertencias del pelotón y fue hacia ellos, así que nadie ha sido acusado por ello. Ni siquiera ahora que el ejército sabe que fue derribado por soldados que disparaban a civiles desarmados como deporte.

Menos de un mes después, según el ejército, Gibbs ejecutó a otro civil y plantó un arma en el cuerpo. Fue durante la Operación Momento Kodak, una misión rutinaria para fotografiar y completar una base de datos de los varones de un pueblo llamado Kari Kheyl. El 22 de febrero, Gibbs se escondió el AK-47 robado a la Policía Nacional afgana y fue hacia la choza de Marach Agha, un hombre que sospechaba que podía pertenecer a los talibanes.

Gibbs lo sacó de su casa, disparó con el AK-47 sobre un muro cercano y tiró el arma a los pies de Agha. Luego le disparó a quemarropa con su rifle M4. Morlock y Wagnon continuaron con unas cuantas descargas. Con la escena lista, Gibbs informó por radio.

El sargento Sprague fue el primero en responder. Gibbs dijo que dobló una esquina y vio al hombre, que le disparó pero se le atascó el rifle. Pero cuando Sprague cogió el Kalashnikov, parecía en perfectas condiciones, y luego pudo disparar con él "sin problemas".

Sprague informó de la discrepancia al teniente Ligsay. Cuando el cuerpo fue identificado, sus parientes dijeron que Agha era un hombre hondamente religioso que jamás hubiera empuñado un arma. "No sabía usar un AK-47", le dijeron a Ligsay. Una vez más, no se tomó ninguna decisión ni Gibbs fue castigado.

EL ESCUADRÓN DE LA MUERTE SE comenzaba a sentir invulnerable. Para animar a los soldados de otras unidades a ir a por civiles desarmados, Gibbs dio una de las granadas de "fuera de los registros" a un amigo de otro batallón, el sargento Robert Stevens. "Apareció en mi despacho una caja", rememoró Stevens, un veterano médico. "Cuando la abrí, había un bote con una granada y un calcetín verde sucio". Pensando que el calcetín era algún tipo de broma, lo tiró a la basura. Más tarde, le comentó a Gibbs que había recibido la granada.

"¿Y lo otro?", le preguntó Gibbs.

"¿Qué, el calcetín?", respondió Stevens.

"No, lo que había dentro de él", le dijo Gibbs.

En el calcetín Gibbs había metido un dedo humano cortado.

Stevens pilló el mensaje. El 10 de marzo, cuando su convoy avanzaba por la autopista 1, que conecta Kandahar con el norte, Stevens sacó la cabeza por la trampilla de su Stryker y lanzó la granada. Detonó unos segundos más tarde de lo que había pensado y la explosión retumbó en el vehículo. Stevens empezó a disparar hacia un grupo de chozas, gritando a otro de los miembros del pelotón dispararan también. "¡Arriba de una puta vez, Morgan! ¡Venga, dispara!", gritó.

No hubo bajas en el incidente, pero sirvió para que Stevens se ganara una Medalla de Distinción y una Insignia de Combate del Cuerpo Médico. Después Stevens admitiría que había tramado la emboscada no sólo para librarse de la granada ilegal, sino porque "quería que los chicos de la compañía consiguieran" sus Insignias de Combate de Infantería, de las cuales se concedieron 14 después del tiroteo. Todas las distinciones fueron suspendidas cuando el ejército supo que el ataque había sido una patraña.

El asalto puesto en escena por Stevens sugería un nuevo método para ir a por civiles afganos. Gibbs había decidido usar su Stryker como plataforma de disparo, consiguiendo más movilidad y la protección del blindaje. En un giro perverso, el vehículo que había demostrado ser poco efectivo contra los talibanes se volvía contra la misma gente a la que debía defender.

El 18 de marzo, la unidad atravesaba un barrio de Kandahar. Según un soldado, Gibbs abrió la trampilla del Stryker y lanzó una granada. La metralla alcanzó al Stryker. "¡RPG [abreviatura de granada lanzada por cohete]!", gritó Gibbs. "¡RPG!", le imitó el sargento Darren Jones, que había hablado sobre los falsos ataques con Gibbs, y abrió fuego indiscriminadamente contra los habitantes, que corrían frenéticamente para evitar los disparos. Gibbs levantó su M4 y también disparó.

No hay manera de saber cuántas bajas -si es que hubo alguna- se produjeron. El teniente Ligsay, que iba en el mismo Stryker que Gibbs y Jones, mantiene que creyó erróneamente que el ataque era verdadero y ordenó que el convoy siguiera avanzando. El pelotón no regresó para evaluar los daños y no se acusó a nadie.

Unas semanas más tarde, a finales de marzo o principios de abril, miembros del Tercer Pelotón dispararon sobre civiles desarmados dos veces en el mismo día, lo que indica su creciente sensación de invulnerabilidad. Cinco soldados patrullaban en un campo de vides del distrito de Zhari, cuando avistaron a tres hombres desarmados. Según Stevens, Gibbs ordenó a los soldados que abrieran fuego, aunque los hombres estaban de pie y no presentaban amenaza alguna. Los cinco soldados dispararon a los hombres, pero estos escaparon ilesos. Gibbs no estaba contento. "Mencionó que deberíamos mejorar nuestra puntería", recordó Stevens, "porque parecía que nadie había salido herido".

Esa misma noche, en una torre de vigilancia del mismo distrito, se le dijo expresamente a varios soldados del Tercer Pelotón que no dispararan a un anciano agricultor que había pedido permiso para trabajar en un campo cercano. Pese a la advertencia, dos soldados dispararon sobre él como si fuera un combatiente armado. Una vez más no dieron en el blanco, pero el oficial al mando estaba furioso. "Ese agricultor no suponía ningún problema", reveló posteriormente a los investigadores. "Tenía 60 ó 70 años".

UNA MAÑANA DE ESA PRIMAVERA, GIBBS se acercó a Morlock mostrándole algo que parecía una pequeña piña metálica. "Hey, tío, he conseguido esta granada rusa", dijo, y comentó que sería perfecta para otro falso ataque, pues los talibanes suelen usar explosivos



RETRATOS DE TRES (SUPUESTOS) ASESINOS

Holmes, Winfield y Wagnon son tres de los soldados estadounidenses acusados de asesinar a civiles afganos. Sorprende particularmente saber que Winfield se terminaría dejando arrastrar por la espiral de muerte, después de haberle contado a su padre, disgustado y asqueado, los crímenes que otros miembros de su pelotón estaban cometiendo.

rusos. A Morlock le gustó la idea. La noche anterior anunció ante unos compañeros que quería matar a otro *haji*. Uno de los soldados presentes pensó que era pura palabrería: “No pensé que fuera importante, los soldados dicen cosas así todo el tiempo”.

El 2 de mayo por la mañana, el pelotón patrullaba en un pueblo llamado Quadalay, a unos kilómetros de la base. Siguiendo el procedimiento rutinario, los jefes de la unidad entraron en una casa para hablar con un hombre que había sido arrestado previamente por tener un IED. Ello dejó al resto del pelotón libre para buscar objetivos por el pueblo, sin tener que preocuparse de los oficiales.

Se sabe que Morlock explicó a Winfield cómo explota una granada, advirtiéndole de que se quedara pegado al suelo durante el estallido. Luego los dos soldados se pusieron en marcha junto a Gibbs. Cerca, en un recinto lleno de niños, cogieron a un hombre con barba blanca y se lo llevaron fuera. “Parecía amigable”, recordarían Winfield.

Gibbs preguntó a sus hombres: “¿Queréis cargaros a este tío o qué?”. Morlock y Winfield estuvieron de acuerdo.

Gibbs llevó al afgano hasta una zanja cercana y le obligó a ponerse de rodillas. Luego puso a Morlock y Winfield tras una pequeño parapeto, a unos 3 metros. “La verdad es que pensé que la granada nos iba a dar, estábamos la hostia de cerca”, dijo Morlock a los investigadores.

Gibbs tiró la granada al afgano. “¡Vamos, cargaros a este tío!”, gritó: “¡Matale, mata a este tío!”.

Winfield y Morlock dispararon durante varios segundos y Gibbs le gritó a Morlock que siguiera con el plan. “¡Ve y deja allí la puta granada!”.

Al hombre le habían volado un pie; la otra pierna estaba arrancada desde la rodilla. Morlock depositó la granada rusa cerca de la mano del cadáver. Gibbs se acercó y disparó dos veces en la cabeza, destruyendo la mandíbula.

Cuando la cosa se calmó -después de que los soldados se llevaran a la mujer y los hijos del muerto, que gritaban histéricos de dolor, y de que Mor-

lock informara de la historia a los mandos- Gibbs sacó unas tijeras de médico y cortó el meñique izquierdo del cadáver. Luego, poniéndose un guante de látex, metió la mano en la boca de muerto y sacó un diente que le regaló a Winfield.

Winfield, después de un rato, tiró el diente al suelo de Quadalay.

Esta vez, sin embargo, los habitantes del pueblo se negaban a ser apaciguados. Resultó que el muerto era un clérigo pacífico llamado Mullah Allah Dad. Dos días más tarde, el asesinato provocó un alboroto en una reunión del consejo regional en la que se encontraba el capitán Quiggle, oficial a cargo de la unidad. El líder del distrito lanzó un devastador ataque contra el pelotón. “Nos vino a decir que habíamos plantado la granada para poder disparar al tipo”, recordaría el teniente Stefan Moye, que escoltaba a Quiggle en la reunión.

Pero al día siguiente, en lugar de poner en marcha una investigación sobre el comportamiento del pelo-

tón, Quiggle mandó a Moye a la escena del tiroteo para la evaluación de daños. Con Gibbs revoloteando cerca suyo, el teniente encontró a dos ancianos del pueblo que afirmaron haber visto a Allah Dad con una granada. Aliviado, Moye les pidió que hicieran correr el rumor. “Éste es el tipo de cosas que los talibanes usan contra nosotros para reclutar a gente”, les dijo. Con la misión cumplida, Moye dejó el pueblo pensando que el pelotón podía volver a su normal funcionamiento. “Después de eso, todo volvió a la normalidad”.

LAS COSAS HUBIERAN SEGUIDO SIENDO “normales”, y los asesinatos hubieran continuado, si no hubiera sido por una trivial disputa entre compañeros de litera. Ese mismo día, a medianoche, el soldado Stoner entró en el centro de operaciones tácticas de la compañía para presentar una queja. Stoner, que había ayudado a colocar el cargador de AK-47 en el civil asesinado en la autopista, dijo que estaba harto de que otros soldados usaran su habitación como “un fumadero de hachís”. Preocupado porque el olor le trajera problemas, les pidió que se fueran a otro lado a fumar. Se negaron y quitaron las pilas del detector de humo de la habitación.

“Fumaban tanto queapestaba todo el rato”, dijo Stoner: “Estaba preocupado por perder mi trabajo”. Enfatizando que no era un chivato, Stoner le comentó al sargento que no quería que les pasara nada a sus compañeros. Luego, le venció la emoción y mencionó que “él y otros tíos habían ejecutado a un afgano en la autopista”. El sargento no se tomó en serio la historia y no informó al mando. “Creí que estaba enfadado y necesitaba hablar con alguien”, dijo después. En vez de alertar a sus superiores sobre el supuesto asesinato, el sargento aseguró a Stoner que el tema del hachís sería tratado sin ruido, y que su identidad no se revelaría.

Pero la discreción no era el punto fuerte de la unidad. Al día siguiente, todo el mundo sabía que Sto-

**EL HOMBRE,
QUE DEBÍA
SER SORDO O
MENTALMENTE
DISCAPACITADO,
RESULTÓ ESTAR
DESARMADO.
UN SOLDADO SE
QUEDÓ UN TROZO
DE CALAVERA
DE SU CADÁVER
COMO RECUERDO**

ner les había delatado. “Todo el mundo entró en pánico”, recuerda Quintal. Gibbs, al que no le importaba el tema del hachís, reunió a los miembros del escuadrón de la muerte en su habitación. “Tenemos que tomar cartas en el asunto de Stoner”, se conoce que dijo. “Los soplones la pagan”.

El 6 de mayo Gibbs y otros seis soldados fueron al cuarto de Stoner, cerrando la puerta con pestillo tras ellos, y le atacaron. Cogiéndole del cuello, le llevaron al suelo y se tiraron encima suyo, pegándole fuerte, pero con cuidado de no darle golpes en la cara que le dejaran cicatrices visibles. “Llevo cuatro años en el ejército. ¿Cómo me has podido hacer esto?”, le dijo Morlock mientras le daba en el estómago. Antes de irse, patearon a Stoner en la entrepierna y le escupieron en la cara.

Horas más tarde, Gibbs y Morlock volvieron a la habitación de Stoner, que estaba sentado en su cama, aún aturdido por la paliza. Morlock le explicó que no volvería a pasar mientras cerrara “su puta boca a partir de ahora”. Si Stoner faltaba a su lealtad, le advirtió Gibbs, le matarían la próxima vez que estuvieran de patrulla. “Es muy fácil”, añadió, explicando que podrían esconder su cuerpo en una de las barreras Hesco, estructuras temporales usadas para fortificar las posiciones norteamericanas.

Luego Gibbs sacó de su bolsillo un trapo. En él había envueltos dos dedos cortados con trozos de piel al borde del hueso. Los tiró al suelo. Si Stoner no quería acabar como “ese tío”, dijo Morlock, lo mejor era que “se callara la puta boca”. Después de todo, continuó, “tenía práctica suficiente” matando gente.

Stoner no tenía dudas de que Morlock cumpliría con su amenaza. “Pensé que me mataría si tenía la oportunidad”, declaró más tarde.

Pero la paliza acabó siendo la ruina del escuadrón de la muerte. Cuando una médico examinó a Stoner al día siguiente, vio las marcas rojas que cubrían su cuerpo. También vio el tatuaje que atravesaba la espalda de Stoner. En letras góticas, bajo una calavera roja sonriente flanqueada por La Parca, se leía:

“Y si no soy el héroe

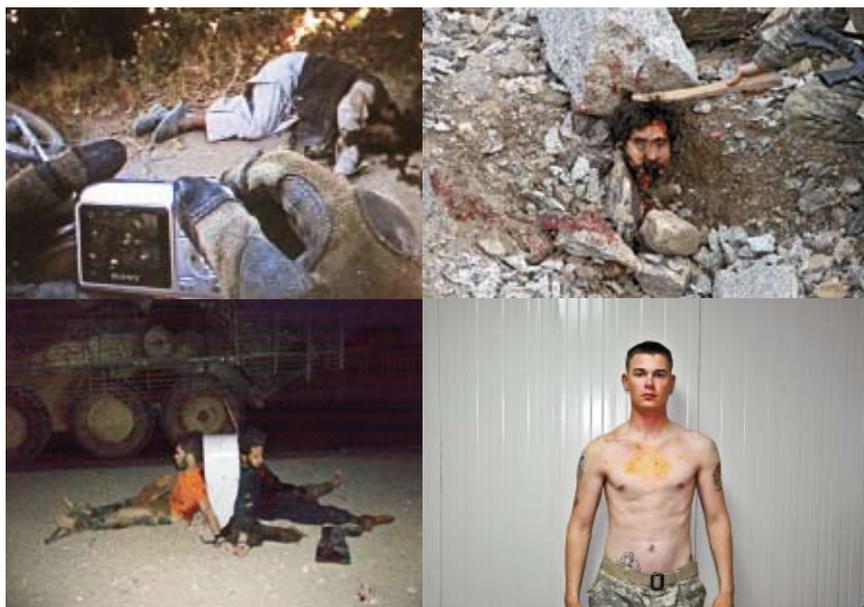
Y si soy el malo”.

Stoner habló con investigadores del ejército. Contando la paliza, describió cómo Gibbs había tirado los dedos cortados al suelo. Los investigadores le presionaron para saber de dónde había sacado Gibbs los dedos. Stoner les dijo que de los asesinatos de gente inocente.

En ese punto, le pidieron a Stoner que empezara desde el principio. ¿Cuándo había matado a gente inocente el pelotón? Paso a paso, Stoner contó la historia completa, con nombres, lugares y fechas.

Otros miembros del pelotón fueron entrevistados y muchos confirmaron la versión de Stoner. Morlock, que se mostró particularmente dispuesto, aceptó que grabaran en vídeo su testimonio. Relajado y despreocupado frente a la cámara, describió con indiferencia y en detalle los asesinatos.

La confesión de Morlock desencadenó una intensa búsqueda de pruebas. Cuando los investigadores del ejército llegaron a la base Ramrod fueron directos a la barrera Hesco cercana adonde se alojaba la unidad de Gibbs. Justo donde Morlock les había dicho, encontraron el culo de una botella de plástico con dos trozos de tela. Dentro de cada uno había un



LA MEMORIA 'USB' DE LOS HORRORES

Cientos de fotos circulaban en memorias USB y ordenadores portátiles del Tercer Pelotón. Algunas de ellas ilustran este texto, macabras imágenes de cabezas seccionadas y cadáveres ensangrentados.

Aunque no se tiene la seguridad de que ninguna de las tres fotografías de esta columna muestre asesinatos ilegales, el simple hecho de haberlas tomado y compartirlas ya supone una violación de las normas del ejército. La foto oficial de la derecha de la última fila, revela las marcas de la paliza que varios de los implicados dieron al soldado Stoner por “chivato”. El día que se tomó esta imagen comenzaron a conocerse los crímenes del “escuadrón de la muerte”. Fue el desencadenante.

dedo humano. Pero pasó algo extraño. Cuando los investigadores compararon las huellas de los dedos con las de la base de datos comprobaron que no coincidían. O los registros estaban mal, lo cual era posible, o había más muertos de los que se creía.

Este pasado 23 de marzo Morlock fue sentenciado a 24 años de prisión tras testificar contra Gibbs. “El ejército quería a Gibbs”, dice un abogado de la defensa. “Quieren meterlo en la cárcel y seguir para adelante”. Gibbs insiste que los tres asesinatos en los que tomó parte tuvieron lugar dentro de “combates legítimos”. Otros tres soldados de menor graduación que se enfrentan a acusaciones de asesinato -Winfield, Holmes y Wagnon- también mantienen su inocencia. Del resto de hombres de la compañía

Bravo, cinco ya han sido condenados por crímenes menores, incluyendo el consumo de drogas, apuñalar a un cadáver y apalazar a Stoner, y dos más se enfrentan a cargos parecidos. En diciembre, el sargento Stevens fue sentenciado a nueve meses de prisión tras acordar testificar contra Gibbs. Se le degradó al rango más bajo, pero pese a las protestas de los fiscales militares se le permitió seguir en el ejército.

Hasta ahora, sin embargo, ningún oficial superior ha sido acusado de los asesinatos o de encubrirlos. En octubre del año pasado, el ejército comenzó silenciosamente una nueva investigación, conducida por el general de brigada Stephen Twitty, sobre la sería cuestión de la responsabilidad de los oficiales. Pero los hallazgos de esa pesquisa, que acabó hace un par de meses, se han mantenido en secreto, y el ejército se niega a revelar si ha sido castigado o degradado alguno de los comandantes responsables del Tercer Pelotón. Incluso, si los oficiales al mando no participaron en la conspiración ni fueron cómplices, sí que ignoraron repetidamente los claros signos de aviso y permitieron que penetrara en la unidad una letal actitud racista. El resentimiento hacia los afganos era tan común entre los soldados que cuando Morlock fue interrogado por los investigadores del ejército no mostró compasión ni remordimiento sobre los asesinatos.

Hacia el final de la entrevista de Morlock, la conversación giró sobre la actitud que había dado pie a que ocurrieran los asesinatos. “A ninguno en el pelotón -ni al líder del pelotón, ni al sargento- le importa una mierda esa gente”, dijo Morlock.

Luego se recostó en la silla, bostezó y resumió cómo sus superiores veían a los afganos: “Si te llenas de mierda, tu sargento te va a dar una palmada en la espalda y te dirá: ‘Buen trabajo. Que les jodan’.” **RS**

**HASTA AHORA,
NINGÚN OFICIAL
SUPERIOR HA
SIDO ACUSADO DE
LOS ASESINATOS O
DE ENCUBRIRLOS.
INCLUSO SI
NO FUERON
CÓMPICES,
SE SABE QUE
IGNORARON LOS
SIGNOS DE AVISO**